

así, caídos ellos, desplomábase la realeza por su propia pesadumbre. Mas no suele pararse jamás el interés en tales reparos y escrúpulos. Lameth aristócrata, Lameth segundón, Lameth militar, porque todos los bienes iban al primogénito, y á los demás hermanos todas las carreras; Lameth noble de nacimiento, caballero por educación, habituado á las tradiciones aristocráticas, estaba entre los revolucionarios de mayor cuenta y empuje al comienzo de la revolución, porque se hallaba entre los que, desde las aras del noble, combatían al noble y á sus privilegios con intensidad de pasión y ardor de temperamento. Así, cuando la temperatura revolucionaria estaba más alta, naturalmente á las humaredas y chispas de guerra esparcidas por su ambiente desde los centros de reacción aristocrática, mofadores de los demócratas, de todos aquellos que á sus ideas democráticas en el alma unían sangre azul en las venas, apelaba Lameth á los recursos feudales del duelo, y de la riña, y del combate para sustentar su ideal contra todas las burlas y defender á los suyos contra todos los ataques. Hubo un periodo revolucionario de verdaderos y frecuentísimos duelos célebres. Los Goncourts traen una lista larga en su curiosísima obra, titulada *Historia de la sociedad francesa en el período revolucionario*. La caballería moribunda estaba, y emplazaba sus enemigos al campo abierto, donde poder demostrar á los follones y malandrines revolucionarios la fuerza de su brazo. El furor de cada cual por su idea era como el furor de los caballeros andantes por su dama. Sentían así voluptuosidad infinita en morir por ella. Corren períodos históricos, ó tan creadores, ó tan destructores, que se pierde y se olvida el instinto de conservación. Desde los Gracos á Tiberio, todos los romanos distinguidos murieron muerte violenta, infligida por mano ajena, ó por su propia mano. Tácito citó el único patricio que muriera de muerte natural y tranquila en su cama bajo la distadura de Tiberio. Durante la Revolución francesa, los que tenían temperamento belicoso acababan en el combate; los que tenían temperamento sufrido acababan en el martirio. Lameth, como buen segundón, era un revolucionario, y como buen coronel un rayo. Desde la venida del Rey á París hasta la fuga del Rey á Varennes, los partidos franceses parecían legiones de Horacios y Curiáceos, dándose unos á otros muerte. La mitad entera de la guarnición mató á la otra mitad en combates porfiados mantenidos con fuerzas suicidas, sobre las ceñudas murallas de Tolón, á diario. Una mirada por el hombro, una sonrisa de menosprecio, el color de la escarapela, el partido á que pertenecen cada cual, grandes aficiones á dejar bien al maestro de armas en la esgrima, natural conexión del insulto con el desafío y del desafío con el libelo, excitaciones de los partidos á sus gladiadores, crueldad colectiva propia del estado guerrero y del estado revolucionario, pusieron durante dos años el duelo á la moda; y este furor trajo que cada político en candelero se hiciese guardar por las fuerzas colectivas de un club, cuyos asociados le acompañaban á todas partes, como al antiguo patricio en tiempos de guerra civil el cortejo armado de sus clientes, excitadísimos al azuzamiento continuo, como el pe-

rro y la jauría de perros en los encuentros, y en los ataques, y en los asaltos, y en las carreras y en las persecuciones de una cacería: que á caza de hombres huelen todas las guerras, y, con especialidad, las guerras civiles.

Así tuvo duelo el gran actor Talma, duelo el cáustico publicista reaccionario Rivarol, duelo el célebre general Bouillé, matando á su enemigo, duelo Barnave con el noble Noailles y con Cazales, duelos entre sí los milicianos nacionales; el duelo también Lameth con Coutries. Así, un diputado escribía á un ciudadano: «Echáisla de espada-chín porque la fanfarronería es el honor de aquellos que no lo tienen. Me burlo de vuestra espada y de vos, advirtiéndooos que llevo dos pistolas á la cintura para defenderme de asesinos.» Así, los revolucionarios temían ser inmolados y concluir por la espada ó el puñal de un reaccionario. Así, asambleas primarias dirigiendo peticiones apremiantes á la grande Asamblea nacional, y demandándole se prohibiera con penas terribles el desafío. Y los reaccionarios se reían de todos estos repulgos con bromas tan pesadas como esta; «persuádase el pueblo nacional que no ha necesidad de honor para ser libre.» Y como el ayuntamiento hubiese ido á la barra del Congreso en requerimiento de la prohibición del duelo, divulgaron los reaccionarios esta facecia: «todo cazador irá con su escopeta correspondiente al Congreso y matará de un tiro á quien desacate los diputados.» En medio de tanta neurosis, cuando había en París agencias de valor y patriotas que pedían les remitiesen á ellos los diputados todos sus lances de honor, tuvo incalculable importancia el duelo de Lameth y le dió la notoriedad pública, predecesora del influjo político. Dupont, Barnave, Lameth, la cabeza, la lengua, el brazo, hicieron lo mismo: extremar las ideas revolucionarias mientras vivió Mirabeau, por combatir á éste, ocupar el sitio de Mirabeau en cuanto muriera el gran orador, demostrando que aceptaban su idea y aborrecían su persona. Amigos de la Constitución fueron los primeros jacobinos, y como amigos de la Constitución, llevaron al seno de la sociedad é inscribieron en sus listas el mismo Robespierre. Nada hubo que hacer, ni que decir desde los reingresos oficiales del Rey en Tullerías por voluntad del pueblo, hasta la fuga facciosa del Rey á Varennes contra esta voluntad. En tal período el club se redujo á estudiar los problemas constitucionales y resolverlos en sentido de la constante alianza entre las Reinas y los pueblos. Pero llegó la maldita fuga y aquí empezaron los jacobinos á tomar un carácter avanzado, mientras sus fundadores, Dupont, Barnave, Lameth, tomaban un carácter conservador. Discute la conducta del Monarca el Congreso, y lo absuelve. Quieren protestar los ciudadanos de tal acuerdo y los diezman. El grupo devoto de la Constitución en el club jacobino propone apoyo al Congreso y lo silban. Como quisiera el presidente leer la lista de los comisionados para ofrecer de palabra este apoyo, gritó Danton: «en el punto á que llegamos, comisionad para tal vileza al abate Maury.» Las mejillas de Dupont se enrojecieron; la lengua de Barnave se trabó; el brazo de Lameth tembló al insulto que les comparaba con el diputado más reac-



cionario de la más intolerante clerecía, «Todo por la Constitución, todo para la Constitución; la Constitución siempre;»—gritaba el triunvirato conservador.—Eso es tanto como decir, gritaban los avanzados: «Todo para la lista civil; todo por la lista civil; la lista civil siempre.» La injuria fué mayor; pues, tras tales fórmulas ocultaban los exaltados el insulto de que Barnave, Dupont y Lamet se movían, como en su tiempo Mirabeau, al cebo de la lista civil, y bien supo Dios que no era verdad. Así como á una corriente magnética se producen las disgregaciones y á un muy alto calor se agrupan y se cristalizan los átomos en cuerpos, al hecho de Varennes se produjo la disgregación de los jacobinos en tres clubs: el club llamado de los *feuillanistas*, el club llamado de los franciscanos, el club llamado de los jacobinos propiamente. Al verlos, también se ve que obedecieron estas disgregaciones y estas agregaciones al magnetismo del pensamiento y de la idea, como las agrupaciones de los átomos al magnetismo del calor y de la electricidad. Barnave creía necesario conservar Monarquía y Monarca; pues fué á refugiar su persona y su pensamiento, al club de los *feuillants*, nombre que dejaremos en frances. Danton quería el destronamiento. Pues al club más avanzado que el jacobino, al club de los franciscanos. Robespierre tenía ideas medias entre los conservadores y los republicanos, deseando más refrenar al Rey por una Constitución, donde todo lo fuera el pueblo, que destruirlo. Pues se quedó en el club intermedio de los jacobinos, que no se inclinaba, derecho como un huso, cual en mi tierra dicen, fiel inmóvil de una balanza equilibradísima por sendos pesos iguales ó idénticos, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Las fases del club están admirablemente designadas por el tiempo; un auxiliar de la Constituyente desde que Barnave penetró en él hasta que Barnave se va; y desde que Barnave se va por un lado á los *feuillants* y Danton por otro á los franciscanos, un dictador no sólo sobre la Constituyente, sobre todos los dos Congresos sucesivos después de la revolución.

No creáis que por esto deja de haber otros clubs. El Palacio Real á cada paso los tiene. Al ver Sieyès que Dupont conspiraba y no se atenia como él á discursos solamente, fundó en el jardín de los Orleans un club llamado de los Ochenta y Nueve. A este club acudieron más tarde Bailly con Lafayette y Arguillon, el noble, y todos los revolucionarios que calzaban alto coturno. Magníficos salones alojaban; juegos varios divertían sus tardes; arañas de cristales preciosos esclarecían sus noches; los suelos cubiertos estaban de alfombras, y de artesonados sus techumbres y de tapices sus paredes y de cortinas sus puertas. Arreglado con todo esto allí había un cocinero habilísimo, cordón azul de primer orden, y por tanto un banquete diario á luis de oro el cubierto. Así es que semejante club sólo podía subsistir mientras Lafayette fué comandante de la Milicia Nacional y Bailly alcalde de París. Era un club aquel de ideas inglesas. Pero al constitucional Bailly sucedió en la influente alcaldía de París el jacobino Pétion, mientras la comandancia general de lo milicianos parisienses quedaba suprimida por el Congreso, y Lafayette, muy quebrantado en su



CAPILLA ALFONSIANA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. N. E



Lit. Felipe Gonzalez Rojas - Editor